

Esta manera sollozando busca
Al que en su ausencia el corazón le parte,
Y al temor, que cual hielo la chamusca,
Vence el amor con que á buscarle parte.
José, á quien la pena el alma ofusca,
Ansiado y triste va por otra parte,
Por sus mejillas lágrimas vertiendo
Del corazón que se le está exprimiendo.

Por el camino por do vino vuelve,
Sembrando ansioso por la reculta tierra
El corazón que en lágrimas resuelve,
Que no cabe en el pecho que le encierra;
Dentro del alma mil cosas revuelve,
Que le dan sin cesar perpetua guerra;
La tierra fertiliza, el aire abrasa,
Montes de penas rompe, mares pasa.

»Ay hijo amado! dice, ¡ay mi querido!
¿Por qué, Señor, me habeis desamparado?
¿Cómo, si yo lo soy, anda perdido
El que al perdido quiere ver ganado?
Yo soy perdido, pues os he perdido,
Y vos lo estais, más es de enamorado;
Yo perdido sin vos pierdo la vida,
Que en esta amarga ausencia es bien perdida.

»¿Qué sentirá, Señor, quien sola un hora
En doce años no se ha visto ausente
De esa beldad que el alma me enamora
Y hace que el pecho de dolor reviente?
¿Qué podrá hacer el corazón que llora
Su vida amada que violentamente
Le han arrancado de en mitad del pecho,
Un mar de penas y dolores hecho?

»Y si es que no merezco, como creo,
Gozar de los favores que me hicistes,
Bien sabeis que jamás erró el deseo
Ni el gusto que con él me agradecistes;
De mi vida hice en vos dichoso empleo,
Y della, Niño, por servido os distes:
Si en lugar de serviros ya os ofende,
Vuelva esa luz y mi ignorancia enmiende.

»Es el pan de que como noche y día,
De lágrimas que amargamente lloro
Cuando ansiada me dice el alma mía:
¿Do está tu Dios? ¿Do está el Señor que adoro?
Es mi bebida la que el pecho envía
Del corazón, que se deshace en lloro,
Haciendo sencillos los arroyos tristes
Por las mejillas que de luz vestistes.

»Huis de quien á costa de su vida
La vuestra ha sustentado doce años,
Con su sudor ganando la comida
Entre enemigos propios y entre extraños?
Huis de un alma que á la vuestra unida
Los vuestros siente como propios daños,
Sirviéndoos, regalándoos como pudo,
Desde que al hielo os adoré desnudo?

»Por qué dejáis aquestos tristes brazos,
Que otro tiempo llorando deseastes,
Y haciendo de los vuestros dulces lazos,
Lleno de amor en ellos reposastes?
¿Cómo mi pecho no se hace pedazos,
Viendo, Señor, que helado le dejastes,
Habiendo sido vuestro escudo fuerte
Por vos puesto al peligro de la muerte?

»Cómo dejáis aquestos ojos tristes
Hechos fuentes de lágrimas y enojos,
Si son estos los ojos que dijistes
Que eran la luz de vuestros bellos ojos?
Cómo estas manos que gozoso asistes,
Y hinchéndo las de bienes á manojos,
Innumerables veces las besastes,
Agora, Niño, las desamparastes?

»Si es, Niño hermoso, que os habeis perdido
Porque mi triste corazón entienda
Que como está obligado no ha servido
Al bien que el Padre eterno me encomienda,
Con lágrimas del alma perdón pido:
Vos que veis mi dolor veréis mi enmienda;
Otro será de hoy más; volved, mi amado,
Volved y perdonadme lo pasado.

»Y si es, Señor, la culpa sola mía,
Que si será, pues nunca á vuestros ojos
Pudo ofender la angélica María,
Ni daros como yo injustos enojos;
¿Por qué dejáis su amada compañía?
¿Por qué enturbiais aquellos rayos rojos?
Volved á la que es más que todas buena:
La culpa tengo yo, tenga la pena.

»No pierda por mi culpa mi querida;
Volved á consolar á vuestra Madre,
Volved á dar á aquellos ojos vida,
Que son la luz de los de vuestro padre;
Mi vida, en llanto y pena convertida,
Hace que al cielo en mi dolor taladre,
Y que cubra de luto las estrellas,
Ausente de las dos mas que el sol bellas.

»Y si en aquesto el corazón no acierta,
Y es que perdido os he, mi Niño amado,
¿Habeis de mendigar de puerta en puerta?
Habeis de andar hambriento y fatigado?
¿Ay, que temo, mi amor, por cosa cierta
Que topareis algún desapiadado,
Que después de reñiros y afrentaros,
Un pedazo de pan no quiera daros!

»Ay, Ruben, que lloraste ansiado y triste
Al hermano empozado que no ballaste!
Y tú, Jacob, que tanto los sentiste,
Que los vestidos de dolor rasgaste;
¿Ay, mi abuelo David! ¿Di, ¿qué no hiciste
Por el ingrato hijo que lloraste?
Y tú, grave Tobias, ¿qué no hacías,
Ausente de tu casa tu Tobias?

»Pues todos juntos no sentistes tanto,
Tanto por ser mayor amor el mío,
Cuanto por ser más digno el solo Santo
Del amor que me tiene ardiendo frío;
Tanto porque no llega todo cuanto
Encierra el cielo á mi Criador, que crío,
Cuanto porque es el amor vuestro sombra
Del que me abrasa por quien mío se nombra.

»Ay dulce amado mío! Ay bello ausente!
Vuestro Padre defienda vuestra vida,
Y os provea con mano omnipotente
De posada, de cama y de comida;
Envíeos de su cielo resplandiente
Gente de guarda de la mas lucida,
Que os sirva y os regale, amada prenda,
De mis faltas haciendo digna enmienda.

»Ay triste, que la vida se me acaba
Viéndome ausente de esa luz hermosa,
Y el cuchillo cruel el alma enclava,
Que Simeon pronosticó á mi Esposa;
En medio de la pena fiero brava
Que hirió esa carne de azucena y rosa,
Aunque mi corazón sentí deshecho,
Vios abrazado á aqueste triste pecho.

»En el camino largo y trabajoso,
Cuando á Egipto os llevé, sentí mil penas,
Temiendo no os cogiese el rey furioso
Y os hiciese morir por las ajenas;
Mas todas fueron, mi querido hermoso,
De mil consuelos y favores llenas,
Que la pena con vos es bien eterno,
Y el bien sin vos la pena del infierno.»

Esta manera, tristes y afligidos,
Andan José y su Consorte amada
Entre sus deudos y sus conocidos
Buscando la deidad disimulada;
José entre dolores y gemidos,
La tierra en tiernas lágrimas bañada,
Rodea, busca, pregunta, inquiere, mira,
Gime, solloza, túrhase y suspira.

Herido el pecho del amor divino
Que le da sacomano á sangre y fuego,
Desanda lo que ha andado del camino,
Y á andarlo tristemente vuelve luego;
No sabe por do va ni por do vino,
Loco de amores y de amores ciego;
Llega á Jerusalem triste y cansado,
Perdido, porque el niño Dios no ha hallado.

CANTO XXII.

De algunas alabanzas de san José, y de la pasión
de nuestro Redentor.

Al que el deseo da perpetua guerra
De romper libre por los aires vanos,
Y dejando la carga de la tierra
Entrar por esos cielos soberanos;
Gozar la gloria que la gloria encierra,
Sus bellos y divinos cortesanos,
Y ver entre su luz hermosa y pura
La hermosura, que excede á la hermosura;

Entre en la casa de José dichoso,
Entre y verá como su casa es cielo,
Verá el bien sumo, que hace al cielo hermoso,
Que vuelve cielo el venturoso suelo;
Verá al Eterno y todo poderoso
Entre el sayal del encarnado velo,
Que espaciando divinos resplandores,
Los del impíreo cielo hace mayores.

Verá una nueva Trinidad que admira,
De un solo Dios y tres personas bellas,
De quien la Trinidad de Dios se mira,
Gozosa en la beldad que mira en ellas:
Una es la que reporia á Dios la ira,
Que engendró al que es criador de las estrellas,
Que es de Dios hijo, la virginal Madre,
Madre de Dios y esposa de su Padre;

Otra es el Verbo eterno, que es el Hijo,
Nacido de la que es de Dios agrado,
Palabra que el eterno Padre dijo
En el principio, que sin él le ha dado;
Otra es José, que es gozo y regocijo
De la que engendra y del que es engendrado,
Pues procede de amarse los dos tanto,
Que sea su alma un Espíritu Santo.

Y si el que es Paracleto sempiterno,
Que procede del Padre y Hijo hermoso,
De los dos como de un principio eterno,
Es de la Virgen madre amado Esposo,
También José es della esposo tierno,
Sobre los de la tierra venturoso,
Pues fué en la tierra bienaventurado
Por la Esposa de Dios que Dios le ha dado.

Si él es consolador, José consuelo,
No solo de las almas afligidas,
Mas del sol, que nació temblando al hielo,
Y de la sola entre las escogidas;
Si él es el fuego que enamora al cielo
Y el gozo de las lágrimas vertidas,
José es fuego y gozo que enamora
Al Niño y Madre, que gozoso adora.

José es don de Dios á los dos dado
Para hacer sombra al celestial misterio,
En el trabajo su descanso amado,
Y en su cansancio dulce refrigerio;
Dulce huésped del alma regalado,
Que hospeda al Rey del celestial imperio,
Padre del pobre, que de amor deshecho,
Los abraza en su casa y en su pecho.

Dios es criador de cuanto mira el día,
De cuanto cine el mar y el cielo encierra;
Cria lo que no es Dios, mas José cria
Al mismo Dios, criador de cielo y tierra;
El cielo todo lleno de alegría
Y cuanto su estrellado manto cierra
Obedecen al niño Dios hermoso,
Y el niño Dios al justo venturoso.

Dios es de seralines adorado
Y de millares de ángeles temido;
José mejor que Dios reverenciado,
Pues es José del mismo Dios servido;
José manda al que todo lo ha criado,
Y Dios á todo lo que Dios no ha sido;
José es virgen, y de Dios es padre,
Y el dulce amado del y de su Madre.

Piensa José que su Consorte bella
Quizá como mas buena ha merecido
Hallar al que dejó sola doncella,
De su grana de polvo hizo vestido;
Lo mismo menos triste piensa ella,
Y así espera turbada á su querido,
Por ver si trae al sol de su remedio
Que la eclipsó poniendo tierra en medio.

Encuéntrense los dos; quedan helados,
Y á las gargantas dados ciegos nudos;
Por los ojos en lágrimas bañados
Se hablaron, que son lenguas de los mudos;
Cada cual con suspiros abrasados,
Con que á los broncos de piedad desnudos
Pudieran ablandar, dicen, las penas
De que sus tristes almas están llenas.

Sus lágrimas amargas José bebe,
Cual las ha menester el triste pecho,
Que sin cesar ha tanto que las llueve
Que tiene el corazón de yesca hecho;
La Virgen el de no tocada nieve
Derrite al sol que le dejó deshecho;
José que ve su llanto, el suyo aumenta,
Y ella, el suyo mirando, le acrecienta.

Tres días de amarga ausencia padecieron,
Y treinta mil de penas y dolores;
Entran al templo, á quien enternecieron,
Que sabe hacer mercedes y favores;
Entran llorando, y de repente vieron
Al niño Dios en medio los doctores,
En su disputa, oyendo y preguntando,
Y en su saber á todos admirando.

El gozo, la dulzura, la alegría
De los dos corazones soberanos,
Digalo la seráfica María
Y el escogido en todos los humanos;
Que mal podrá decirlo alma tan fría
Ni los más abrasados cortesanos;
Ellos lo digan, ellos que lo saben,
Si es que en palabras tales glorias caben.

Que ni Abraham cuando al Isaac querido
Quitó la venda de su rostro bello,
Ni Jacob cuando al sin razón vendido
Los medio muertos brazos echó al cuello,
Ni cuando el buen pastor de amor herido,
De escarcha coronado su cabello,
Halló la oveja, y vió á Tobias su madre,
Y al pródigo el piadoso y tierno padre;

Ni todo cuanto todos se alegraron
Llegó al contento, que con colmo excede
Al dolor fiero que los dos pasaron,
Que en su presencia es bien que muerto quede;
Los dos á su querido se abrazaron;
El sus divinos brazos les concede,
Enmudecen las lenguas, y los ojos
Distilan de sus glorias los despojos.

»¿Cómo así con nosotros lo habeis hecho,
Hijo, le dice la que le ha engendrado,
Que vuestro padre en lágrimas deshecho
Y yo os habemos con dolor buscado?
El niño Dios enternecido el pecho,
Donde tres corazones se han juntado,
Humilde entre los dos su rostro esconde,
Y á las quejas de amor así responde:

»Para buscarme así, ¿qué ballais que cuadro,
Si sabeis cuánto importa que yo asista
A los negocios de mi eterno Padre,
Que es lo que me me ausentó de vuestra vista?
José, loco de amor, tierna su Madre,
Asidos al amor que los conquista,
Vuelven á Nazaret, y yo entre tanto
Doy fin alegre á aqueste triste canto.

La criatura mas pura se retira
En las virtudes del héroe Santo,
Y mas cuando en el justo Josef mira,
Que no es Dios y que tiene de Dios tanto;
Que es hombre, que á los ángeles admira,
Que es ángel, que á los hombres causa espanto,
Que su alma es cielo, que de amor se abrasa,
Y que es un cielo su dichosa casa.

Después de Dios, ¿qué es lo que tiene el cielo?
¿No son los nueve coros inmortales?
Pues Josef, preso en el corpóreo velo,
Ejerció sus obras celestiales;
¿Ángel no fué, que lleno de consuelo
Fué guarda de las dos personas reales?
¿Y no fué digno Arcángel de Maria,
Cuando de Dios despachos le traía?

¿Y potestad no fué cuando en Egipto
Con el pequeño Dios entre sus brazos
Los dioses falsos que hizo el apetito
Por tierra fueron hechos mil pedazos?
¿No fué virtud, oyendo el tierno grito
Del niño Dios, que entre mortales lazos
Le hizo ministro del milagro alegre,
Donde lloró para que Adán se alegre?

¿No gobernó cual sabio principado
Al Ángel, que lo es del gran consejo,
Cristo, que, el ser Eterno disfrazado,
Nació por renovar al hombre viejo?
No fué dominación, que respetado
Fué de su Esposa, que es del cielo espejo,
Y della y de su amado Dios servido
Mejor que el mismo Dios jamás lo ha sido?

¿Trono no fué cuando en sus brazos justos
Tuvo al eterno Niño, que amoroso
Trocó en glorias sus penas y disgustos
Abrasándole el pecho venturoso?
¿Y al paraíso de divinos gustos,
Que fué del mismo Dios jardín hermoso,
De su querida bienaventurada
Cual querubín no defendió su espada?

¿Y Serafín no fué de amor deshecho
Desde que en el divino desposorio
Vivió su alma en el hermoso pecho
Que fué del Verbo eterno consistorio?
Y hermoso Serafín no se vió hecho,
Teniendo el arca del Propiciatorio
Del niño Dios entre él y su querida
Mas que los Serafines encendida?

Dios no lo pudo ser, mas de Dios tuvo
Un olor, que es razón al mundo asombre,
Pues con la vida con que á Dios mantuvo,
Vino á obrar Dios la redención del hombre;
Y el mismo Dios con él tan franco anduvo,
Que al hijo suyo quiere que hijo nombre,
Y en tanto su virtud heroica estima,
Que al Redentor ordena que redima.

Parece á Dios, que es Padre de las lumbres,
En que Josef lo es de las mas bellas
Que ven los montes en sus altas cumbres
Cuando el sol de oro se derrama en ellas;
Viven los dos, que son de unas costumbres,
Y exceden en pureza á las estrellas,
Unánimes en una pobre casa,
Adonde el cielo sus favores pasa.

Y si en aqueste cielo de la tierra
La variedad de santos quiere el alma,
En las virtudes que Josef encierra
Verá que absorba en sus grandezas calma;
Es mártir del amor que le hace guerra,
Tiene de Virgen soberana palma,
Es profeta de Dios por varios modos,
Y Patriarca preferido á todos.

Es Josef antes santo que nacido,
Antes que viese luz santificado,
El fomes tuvo á la razón rendido,
Sin cometer jamás mortal pecado;
Entre todos los hombres escogido,
Y en la mente de Dios predestinado,
Esposo digno de la Virgen Madre,
Padre del Hijo del eterno Padre.

¿Qué hijo honrado deste siglo hubiera
De su Madre tan poco cuidadoso,
Que para darle esposo no escogiera
El mejor hombre y el mejor esposo?
Y si el hijo al esposo hacer pudiera,
Y fuera el hijo todo poderoso,
¿No le formara por divinos modos
Tan bueno, que el mejor fuera de todos?

Pues si Dios desposó á su amada Madre,
A quien de gracia y de favores llena,
¿No habia de dar, mirando que á él le cuadre,
El mejor hombre á la mujer mas buena?
Si el mismo Dios le quiso llamar Padre,
Y su amor de sí propio le enajena,
¿Por qué no le ha de hacer por varios modos
Que sea el mas santo y el mejor de todos?

No quiero yo quitar á ningún santo
De los que ven de Dios la hermosa cara
La santidad, que en admirable espanto
Hizo su vida peregrina y rara;
Mas digo del Esposo sacrosanto,
Que estando asido á aquella lumbre clara,
De la deidad de Dios, gozó en el suelo
Favores que no gozan los del cielo.

No fué apóstol Josef ni evangelista,
Porque cuando murió no habia empezado
El hombre Dios del mundo la conquista
Ni llamado al divino Apostolado;
Que evangelista fué de vista,
Y de los cuatro por Maestro estimado,
Pues vió y supo secretos, que no oyeron
Los que de Cristo coronistas fueron.

Y evangelista fué, pues predicando
Enseñó á los tres Magos del Oriente,
Y apóstol, que á los tres catequizando,
Les predicó al pequeño Omnipotente;
Y cuando en casa de Isabel entrando
Delante el bello sol resplandeciente,
¿Del Precursor no fué precursor santo,
Que señaló al cordero sacrosanto?

En fin, no hay santo, aunque mas santo sea,
Arcángel bello ó Serafín glorioso,
Que ser humilde siervo no desea
De aquella de quien es Josef esposo;
Ella en servir á su Josef se emplea,
Humíllasele el todo poderoso,
El mundo padre de su Dios le llama,
Y todo el cielo le respeta y ama.

Es el varón que halló el que le ha escogido,
Segun su corazón, que en él se agrada,
Es el fiel siervo, que ha constituido
En su familia bienaventurada;
Es el que halló el tesoro que escondido
Estaba en la heredad de Dios guardada,
Y el mercader que por su gran ventura
Halló la margarita de hermosura.

Es el árbol plantado á las corrientes
Del agua viva, que á su tiempo lleva
El fruto deseado de las gentes
Del vientre de David en quien se eleva;
Árbol de flores y hojas diferentes,
Que su hermosura cada mes renueva,
De cuyo fruto es la virtud divina,
De las gentes salud y medicina.

Es árbol verde, cuyas hojas bellas
Defienden á las dos hermosas flores,
Una cuyo rocío son estrellas,
Y otra á quien viste el sol de resplandores;
Árbol á cuya sombra pasan ellas
Del inclemente tiempo los rigores,
Pues que se opone al sol, al viento y hielo
Siendo sus ramas de sus flores cielo.

Es el árbol que vió el Rey temeroso,
Que á la celeste boveda llegaba,
De cuyas ramas el frescor vistoso
Esta terrestre máquina ocupaba;
Árbol que contra el cielo riguroso
Las aves y animales amparaba,
Lozano en ver que llegue el ave y bruto
De David y Jesé á la flor y fruto.

Es á quien Dios estima tanto y honra,
Que le da por mujer su Virgen Madre,
Fiando de Josef su misma honra,
Y honrándole con nombre de su padre;
Es por quien Dios no tuvo por deshonra,
Por ver que á su humildad y á su amor cuadre,
Parecer aprendiz del Santo nuestro,
Siendo oficial Jesus, Josef maestro.

Es el que mereció ser el primero,
Que reengendrado en el bautismo santo,
Gozó del efecto verdadero
Después de aquella que es del cielo espanto;
Porque aunque el puro cándido cordero
No habia con su contacto sacrosanto
Hecho santo al Jordan, virtud tenia
Para dársela al agua en cualquier día.

Es el Adán de la Eva no engañada,
A quien el Ángel, con discreto aviso,
No solo muestra la encendida espada,
Mas le ruega que vuelva al Paraíso;
Es el Adán, que de su bella amada
Mereció ser la cosa que mas quiso
Después de Dios, que deste Adán amante
La hizo su adjutorio á él semejante.

Es á quien Cristo tanto favorece,
Que le da las facciones de su cara,
Pues tanto en su belleza le parece,
Que el mundo por su padre le declara;
Pues si Cristo á Josef tanto engrandece,
Que le hace imagen de su beldad rara,
Y él es imagen de su Padre eterno,
Pareceráse al Padre el que es el yerno.

Pues á su Esposa angélica la bella,
Que sola es bien que goce deste nombre,
¿Quién mereció ser semejante á ella
Sino este Ángel en forma y traje de hombre?
Ella hizo voto de vivir doncella,
Y él fué el primero, porque al mundo asombre,
Que votó á la deidad omnipotente
De guardar castidad perpetuamente.

Ella de estirpe y sangre real nacida,
Josef nacido de la misma casa:
Ella para Josef sola escogida;
El escogido, que con ella casa;
La soberana Virgen concebida
Sin la culpa que á todo el mundo abrasa,
El divino Josef santificado
Antes que nazca, limpio de pecado.

Ella quien vió á Dios hombre la primera,
Él el dichoso que le vió el primero;
Ella de Dios la madre verdadera,
Él tenido por padre verdadero;
Él muere, viendo en Dios la herida fiera,
Y ella, sin morir, muere al dolor fiero;
Ella le trujo en sus hermosos brazos,
Y él le dió mil dulcísimos abrazos.

Ella es de las mujeres la mas bella,
Él de los hombres es el mas hermoso;
En condicion afable un ángel ella,
Y él en su agrado un ángel amoroso;
Josef quien solo pudo merecilla,
Maria quien mereció tan santo esposo;
Ella toda agradable, humilde, amable,
Y él todo amable, humilde y agradable.

Si habia Josef divino de casarse,
¿Con quien pudiera sino con Maria,
Pues otra alguna no pudiera hallarse
Conforme á lo que el Santo merecía?
Y si tenia la Virgen de emplearse,
¿En quién mejor que en su Josef podía,
Pues fuera poco quien Josef no fuera
Para que tal esposa mereciera?

En fin, fueron del mundo los mejores
Que hizo el amor que fuesen para en uno,
Haciendo en sus hermosos resplandores
Que sus dos corazones fuesen uno;
Uno son por virtud de sus amores,
Y así en su amado vive cada uno,
Trasformado el amante en el amado,
Y el amado en su amante trasformado.

Pues si la Virgen vive á Dios asida,
Tanto que entre los dos nadie haber puede,
Y es Josef de su Esposa el alma y vida,
Que en estimarla al mismo amor excede,
Y ella á su mucho amor agradecida
Amándole hace que á deberle quede;
Entre casados que se quieren tanto
¿Podrá entrar á ponerse ningún santo?

Ninguno habrá que tan descortés sea,
Que no solo los bienaventurados
Que gozan de la luz que los recrea,
Que quieran descasar tales casados;
¿Quién no se humillará cuando los vea
Tan dignamente amantes como amados,
Y les deje el lugar dentro del cielo
Que gozaron amándose en el suelo?

¿Qué mas hubo en Josef? Mas, ¿qué no hubo
Que á cuanto pudo imaginar no pase?
¿Qué gracia, qué excelencia en él no estuvo?
¿Qué pretendió jamás que no alcanzase?
¿Qué pudo desear el que á Dios tuvo
Que á medida del gusto no gozase?
¿Qué pudo desear, de cualquier modo,
Que no alcanzase el que lo tuvo todo?

Parad el vuelo, pluma, poco á poco:
¿Dónde tan sin pensar habeis subido?
Ved que dirán que alas táis á un loco,
Que le pueden atar por atrevido;
Mirad que al cielo á indignacion provocó,
Alabando al que serlo ha merecido,
No del pobre caudal de mi ignorancia,
Sino de la seráfica elegancia.

Al Padre ¿quién conoce sino el Hijo?
Ese que le conoce, ese le alabe;
El Hijo que á Josef padre le dijo,
Ese diga quién es, pues que lo sabe;
Su Esposa, que es del cielo regocijo,
Ella sea musa de su Esposo grave,
que solamente Dios y ella podrian
Alabar dignamente al que servian.

Después de mil regalos, mil ternezas,
Mil dulzuras, mil quejas amorosas,
Mil besos, mil abrazos, mil finezas,
Mil gustos y mil lágrimas gozosas;
Después de convertidas las tristezas
En gozos y alegrías venturosas,
A Nazaret alegres se volvieron,
Donde mil parabienes recibieron.

Después de haber sus ojos serrenado,
Volviendo atrás el mar de sus enojos,
Y las lágrimas tierdas enjugado
El sol eterno con sus rayos rojos;
Después de haberles la palabra dado
De no ausentarse de sus graves ojos,
Es oficial del noble carpintero,
Sirviéndole cual Hijo verdadero.

La mujer fuerte, madre de la vida,
Que buscó cuidadosa lino y lana,
En tejer y labrar entretenida,
Redime el tiempo y la comida gana;
Guisa á los dos humilde la comida,
Y con amor y gracia mas que humana
Sirve y regala á los que trabajando
Dulcemente le están enamorando.

Ase un cuartón el rico carpintero,
Y ase del luego el Hijo que le ayuda,
Y puesto al hombro de hombre verdadero,
Donde Josef le manda el cuartón muda;
Asierran luego el rigido madero,
Suda Josef y el Hijo eterno suda;
Josef, aunque trabaja, no se cansa,
Y Cristo trabajando en él descansa.

Cuál vez toma el escople ó la barrera
Quien es del Padre eterno la palabra,
Y al cuartón, que quejándose resuena,
Hace que al hierro las entrañas abra;
Cuál vez, su cara hermosa de paz llena,
Con el cepillo la madera labra,
Cuál con el cartabon compasa y mide,
Y cuál los clavos y el martillo pide.

«Oiréis decir en el mayor estrecho:
Padre, ¿por qué me habeis desamparado,
Sin que yo, que lo soy de amor deshecho,
Oyéndoos decir Padre, quede helado?
¿Miraré alancear aqueste pecho?
¿Veré el de vuestra madre traspasado?
Veré, sin morir yo, morir mi vida,
Y con vos enclavada á mi querida?»

«Podré mirar en tanto desconsuelo
Que á vuestras penas, ansias y gemidos
Parezca que, de piedra vuelto el cielo,
Los ojos cierra y tapa los oídos?
¿Veré que hrama el aire y gime el suelo,
Dando las piedras tristes alaridos,
Sin que yo, á no ser mas que ellas helado,
Mil veces muera, muerto mi adorado?»

«No permitais, oh Hijo y gloria mía,
Que llegue á ver vuestro Josef querido
Sin vida al que lo es del que os envía
Por ver al hombre preso redimido;
El alma helada entre la sangre fría,
De amor llagado y de dolor herido,
Llorando os pido, oh luz que á Dios recrea,
Que antes mi muerte que la vuestra vea.»

«Hijo, por estos piés que indigno beso,
Por estas fuentes tristes que derramo,
Por la fe con que en vos deidad confieso,
Por el amor de padre con que os amo,
Por esa cruz que os tiene de amor preso,
Y es del diluvio triste el verde ramo,
Por la cama, el regalo y la comida,
Que os he ganado á costa de mi vida;

«Os suplico y conjuro humildemente,
Y si os puedo mandar, oh gloria mía,
Os mando como á hijo á mi obediente,
Y á mi esposa santísima María,
Que antes que el pecho de dolor reviente,
Antes que llegue tan amargo día,
El de mi muerte llegue, y que no vea
La que Dios pide y la que Adán desea.»

«Si para dar tormento á un hombre honrado
Hay una ley que rigurosa ordena
Que sea su hijo ante el atormentado,
Porque padezca en él doblada pena;
¿Que sentirá este padre lastimado
Viendo morir por causa y culpa ajena?
Amado Hijo, á vuestros piés asido,
Este favor con lágrimas os pido.»

«Enternecido el Hijo sempiterno,
De la cruz deja los pesados brazos,
Y conmovido del amor paterno,
Da á su Josef ternisimos abrazos;
Levanta al que de amor está tan tierno,
Que vierte el corazón hecho pedazos,
Enjúgale su rostro, y le asegura
La merced que con lágrimas procura.»

«Josef besa la mano á su querido,
Cristo besa á Josef la grave mano,
Josef llora de amor enternecido,
Y llora enternecido Dios humano.
La Virgen, que la cena ha prevenido,
Llama al Esposo y Hijo soberano;
Salen disimulando el sentimiento
Por no dar pena á quien les da contento.»

«Esta manera el virginal Esposo
Vivió casi treinta años con su amado,
Gozando de su trato milagroso
Y de su rostro bienaventurado;
Siempre de su regalo cuidadoso,
Siempre de su bondad enamorado,
Siempre amado de Dios, siempre querido,
Siempre el uno del otro al alma asido.»

«Que si Moisés bajó de la alta cumbre
De haber hablado á Dios tan refulgente,
Que hace que el pueblo ingrato se deslumbró
En su rostro cual sol resplandeciente;
El que treinta años vió la hermosa lumbre
Del que es sol de justicia omnipotente,
Teniéndole á su mesa y á su lado,
¿De qué grandezas no estará dotado?»

Si ninguno llegaba al Cristo unguido
Que mil favores del no recibiese,
Pues hasta quien tocó el pobre vestido
Con salud confesamos que volviese;
Al dichoso entre todos escogido
Para que treinta años su ayo fuese,
Sirviéndole y criando como padre,
¿Qué bien y gloria habrá que no le cuadre?»

El divino Josef se entretenía
Apacentado entre los lirios bellos
De Cristo y su bellísima María,
Que no hay mas gloria que gozar de vellos;
Llenos de gloria, llenos de alegría,
En su amado Josef se gozan ellos;
El de los dos absorto se enamora,
Ellos regalan al que los adora.»

La cárcel y hospital Josef visita;
Al muerto entierra, al pobre favorece;
En el ayuno y oración imita
Al hombre Dios, que humilde le obedece;
En él la plenitud de gracia habita,
Y tanto en su divino pecho crece,
Que solo lo conoce el solo santo,
No la rudeza deste humilde canto.»

CANTO XXIII.

De la enfermedad y muerte del glorioso san Josef.

Hablando Esdras con Dios, así decía:
«Señor, de la arboleda que plantastes
Con suma y immortal sabiduría
Sola una viña para vos tomastes;
De las ciudades que da luz el día
Sola á Sion por vuestra señalastes,
Y de la tierra toda al hombre dada
Escogéis solamente una morada.»

«De los abismos de la mar furiosa
Y su puro cristal resplandeciente,
Con vuestra ciencia todopoderosa
Escogéis para vos sola una fuente;
De las flores que da la tierra hermosa
Cuando hace el sol que su beldad se aumente,
Dejándola de flores varias llena,
Solamente escogéis una azucena.»

«De las aves que el manso y fresco viento
Sobre sus hombros invisibles toma,
Con soberano y peregrino intento
Escogéis solamente una paloma;
Del simple ganadillo, que contento
Las yerbas paca porque el hombre coma,
Escogéis solamente una cordera
De blanca piel y integridad sincera.»

«¿Quién no sabe que aquesta oveja y viña,
Ciudad, paloma, casa, lirio y fuente
Es la paz dulce de la antigua riña,
En que se hizo hombre el Verbo omnipotente?
Esta el que corazones escudriña
Para si la ha escogido eternamente,
Y para el que, de todos escogido,
Mereció ser su Esposo y su marido.»

«De aquesta viña ¿quién fué el viñadero,
Defendiendo su fruto, cerca y torre,
Sino Josef su Esposo verdadero,
Que la sirve, regala y la socorre?
¿Quién, hecho cera el corazón de acero,
Con la vid verdadera á Egipto corre,
Porque en agraz no la disfrute airado
La fiera singular que la ha buseado?»

«¿Quién es la guarda que en perpetua vela
Esta ciudad de Dios ronda y defiende,
No trabajando en vano quien la vela,
Porque en su guarda el mismo Dios entiende,
Sino Josef, despierta centinela,
Que hachos de amor en su custodia enciende,
Que es su alcaide, cuya alma enamorada
Descansa en la ciudad santificada?»

De aquesta casa, que con gran destreza
Fabricó la immortal sabiduría,
¿Quién mereció ser dueño y ser cabeza
Del Dios humano y virginal María?
¿Quién, sino él que asombrando su pureza
Al sol que viste de su luz el día,
Desta casa de Dios fué dueño y padre,
Tutor de Dios y Esposo de su Madre?»

Desta fuente sellada de agua pura,
De quien el río eterno de agua viva
Salió, dejando entera su clausura,
Porque en su brazo su poder estriba,
¿Quién guardó su pureza y hermosura
Para la humilde gente fugitiva
Que de Egipto salió, sino el amado
Que el mar de amor vió en ella represado?»

«¿Quién desta bella cándida azucena,
Que da al cielo aromáticos olores,
Y es de todas las flores la mas buena,
Porque es la flor divina de las flores,
Gozó su alma, de favores llena,
De sus claros hermosos resplandores,
Sino Josef, dichoso jardinero,
Mas que el que disfrutó el jardín primero?»

Desta hermosa paloma plateada
Que al hombre en el diluvio combatido
Arrojó el ramo de la paz amada,
Donde salió gloriosamente asido,
¿A quién le fué la guarda encomendada,
Haciendo de su pecho amado nido,
Sino al Angel humano y varon justo,
Que fué su guarda, su regalo y gusto?»

«¿Quién fué el pastor que venturoso goza
De tener á su mesa y á su lado,
Apacentando en su dichosa choza
La oveja mansa del vellon dorado?
¿Quién, cual Fenix divino se remoja
Viendo de Dios el recental sagrado,
Sino Josef, que entre sus brazos tiene
Al que á quitar las culpas de Adán viene?»

«¿Qué bienes no gozó el varon dichoso
De tener á su mesa y á su lado,
Qué gustos, qué dulzuras, qué favores,
Siendo treinta años virginal esposo
De la que trujo á Dios preso de amores?
¿Qué no gozó, si deste Dios hermoso
Casi los mismos vió sus resplandores,
Hasta que la fatal soberbia Parca
Cortó el hilo del casto Patriarca?»

«Los torneos de los cielos inmortales,
Que devanan la estambre de las vidas,
Dieron priesa á las ruedas celestiales
Por dividir de Dios las mas queridas;
Sienten las personas virginales
Que están al varon justo siempre asidas;
Allige el corazón la Virgen bella,
Y el suyo el Hijo que se mira en ella.»

«Setenta veces la amorosa tierra
Brotó de sus entrañas bellas flores,
Y en su seno otras tantas las entierra,
Temiendo del invierno los rigores;
Otras tantas la mies dorada encierra
La multitud de varios labradores,
Otras tantas el sol dió vuelta al cielo
Del carnero de plata al pez de hielo.»

«Cuando á Josef un cáldico accidente
Robó del casto rostro venerable
Los arreboles del nevado Oriente
Y entró la amarillez inevitable;
Un calor lento por las venas siente,
Un dolor riguroso y penetrable;
Sus fuerzas ve que van desfalleciendo,
El gusto y gana de comer perdiendo.»

«¿Jamás habia sabido de experiencia
El castísimo Esposo soberano
Qué era dolor, enfermedad, dolencia,
Que vivió siempre recio, entero y sano,
Y aunque llegó á los años de prudencia,
En que se aventajó al bifronte Jano,
Y vió de nieve su cabeza llena,
No tuvo de vejez dolor ni pena.»

Jamás sus graves ojos se enturbiaron
Ni sus fuerzas jamás desfallecieron,
Sus mejillas jamás se marchitaron
Ni sus dientes jamás se le pudrieron;
Jamás enfermedades le acosaron
Ni dolores jamás se le atrevieron;
Con salud siempre alegre trabajaba,
Y á su Esposa y su Amado sustentaba.»

«Disimula Josef el dolor grave,
Por no dar pena á su querida Esposa
Y al Hijo eterno, que conoce y sabe
Cuánto la enfermedad es peligrosa;
Deja la vista de los dos suave,
Y la suya turbada y temerosa
Entrase al obrador, adonde intenta
Sacudir el dolor que le atormenta.»

«Toma la sierra el virginal anciano,
Y comienza á aserrar un cuarton crudo,
Mas cáesele la sierra de la mano,
Porque moverla del dolor no pudo;
Afligese el enfermo soberano
De verse herido de dolor agudo;
Ve que disimular su mal no puede,
Porque á su esfuerzo su dolor excede.»

«Entra Jesus, y á su Josef pregunta:
«¿Qué es lo que siente, dulce padre amado?»
Josef, con la color casi difunta,
Vuelve al Hijo que padre le ha llamado;
Sus brazos flacos á los suyos junta,
Laso, descolorido y fatigado:
«¡Ay, Hijo, dice, que de un dolor fiero
Asido al que es mi vida alegre muero!»

«Cógela Dios en los piadosos brazos
Y llévale amoroso hácia la cama,
Josef, haciendo de los suyos lazos,
Del árbol de la vida se hace rama;
La Virgen, hecha de dolor pedazos,
Mirando enfermo al que respeta y ama,
Su pena traga, su dolor se bebe,
Y dice al que mil obras buenas debe:

«¿Qué es esto, dulce Esposo de mi vida?
¿Qué fiero mal vuestra salud aqueja?
Que en solo ver vuestra color perdida,
El alma helada, helado el cuerpo deja?»
Josef, que oye la voz de su querida,
Apretado del mal tierno se queja:
«Un dolor por mis venas se derrama,
Que abrasando me hiela y frio me inflama.»

«No será nada, dulce Esposa mía,
Y si algo fuere, Dios es quien lo ordena;
No estéis triste, santísima María,
Si no quereis multiplicar mi pena;
Dios es quien esta enfermedad me envía,
Y de su mano venga en hora buena;
Si della bienes recibido habemos,
¿Estos males por qué no sufriremos?»

«La Virgen, anudada la garganta
Y hechas presas las fuentes de sus ojos,
El corazón entre el dolor quebranta,
Enzarzado entre espinas y entre abrojos,
Va diligente, y con prudencia santa
Vertiendo perlas de sus soles rojos,
Abre y mulle la cama á su doliente,
Cuya dolencia dentro el alma siente.»

«Entre tanto el divino Dios piadoso
A desnudar á su nutricio ayuda,
Y como su hijo humilde y amoroso
Consuela al Santo mientras le desnuda;
Josef, clavado en su querido hermoso,
Turbios los ojos y la lengua muda,
Sus consuelos escucha, y á él asido
Va al lecho que su Esposa ha prevenido.»

«Los dos le llevan á la pobre cama,
Por la Virgen santísima compuesta;
Cógela en brazos quien le sirve y ama,
Y enternecido con amor le acuesta;
La que bebe el aljofar que derrama,
Ante la cama de rodillas puesta,
Le abriga, le acaricia y le compone,
La almohada mulle y cabezal le pone.»